



**IAN KILMISTER**

con Janiss Garza

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



**ES POP ENSAYO**  
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:  
*White Line Fever*  
Simon & Schuster  
Londres, 2002  
Edición ampliada, Londres 2016

1ª EDICIÓN: FEBRERO 2015  
2ª IMPRESIÓN: JULIO 2015  
3ª IMPRESIÓN: FEBRERO 2016  
2ª EDICIÓN: DICIEMBRE 2016

Publicado por  
ES POP EDICIONES  
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid  
[www.espop.es](http://www.espop.es)

Published by arrangement with Simon & Schuster, Inc.  
© 2002, 2016: Ian Kilmister & Janiss Garza  
© 2016 del prefacio: Lars Ulrich  
© 2015 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez  
© 2016 de esta edición: Es Pop Ediciones

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:  
Manuela Carmona y David Muñoz

DISEÑO Y MAQUETA:  
El Pulpo Design

LOGO:  
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:  
Huertas

Impreso en España  
ISBN: 978-84-944587-4-3  
Depósito legal: M-35873-2016

# Índice

	PREFACIO <i>por</i> LARS ULRICH	9
	PRÓLOGO	15
1	CAPRICORNIO	19
2	RÁPIDO Y SUELTO	35
3	EL CEBO	53
4	METRÓPOLIS	67
5	ESPÍDICO	83
6	HECHO PARA LA VELOCIDAD	111
7	CERVECEROS Y CAMORRISTAS	137
8	SIEMPRE EN LA CARRETERA	161
9	DE VUELTA AL MANICOMIO	185
10	(NO LES DEJES) ACABAR CONTIGO	207
11	LA CIUDAD DE LOS ÁNGELES	235
12	SOMOS MOTÖRHEAD	271
13	MUNDO FELIZ	305
	EPÍLOGO <i>por</i> STEFFAN CHIRAZI	309
	ÍNDICE ONOMÁSTICO	339

## PREFACIO

*por* LARS ULRICH

Han pasado casi cuatro meses desde el fallecimiento de Lemmy y llevo toda esta última semana dándole vueltas en la cabeza a varias ideas sobre qué escribir en esta introducción. Tuve la fortuna de que me preguntaran mucho sobre Lemmy en el momento de su fallecimiento, sobre mis experiencias con él y el importante papel que jugó en mi vida... y en este momento me cuesta desarrollar nada que me parezca más coherente que lo que escribí impulsivamente y de una manera completamente orgánica y fluida pocos días antes de su funeral, en el que me habían invitado a hablar.

Tras releer las reflexiones que compartí en aquella ocasión, sigo pensando que aquellas palabras fueron una expresión tan definitiva de mi respeto, admiración y cariño por Lemmy como cualquier otra que fuese capaz de escribir. Así que le pregunté al editor de este excelente volumen si le parecería bien reproducir dichas palabras aquí en esta introducción, en vez de intentar recrearlas en otra forma menos potente. De modo que ahí va...

Hace treinta y cuatro años, en junio de 1982 en West Hollywood, me vomité encima y me puse perdido. Lo del vómito no es importante. Por desgracia, de adolescente vomitaba bastante a menudo. Lo importante es dónde vomité. Estaba

en el cuarto de Lemmy en el hotel Sunset Marquis a eso de las cuatro de la tarde del día que iban a dar el mayor concierto en Estados Unidos de su gira *Iron Fist*. Y allí estaba yo, bebiendo y socializando con él, cinco horas antes de que tuvieran que salir al escenario. Un mocoso rarito de dieciocho años de marcha en la habitación de hotel de Lemmy. Aquello sí que fue «muy» importante.

A finales de los años setenta, cuando era crío, pasé cantidad de tiempo delante del Hotel Plaza de Copenhague esperando para conocer a mis roqueros favoritos. En el transcurso de aquellos años, abordé, entre otros, a Ritchie Blackmore, Ronnie Dio, Phil Lynott, Robin Trower y Paul Stanley, y todos tuvieron la amabilidad de firmarme un autógrafa, sacarse una foto e intercambiar quince segundos de cháchara insustancial... pero eso era todo.

Más tarde, tras haberme mudado a Estados Unidos, me encontré residiendo en California del Sur y Motörhead había pasado a ser la principal fuerza musical en mi vida. Vivía y respiraba todas y cada una de las notas que interpretaban, cada palabra que Lemmy cantaba y cada anécdota loca que compartía en las entrevistas. Cuando vinieron a Estados Unidos por primera vez en 1981, como teloneros de Ozzy, evidentemente me emocioné muchísimo y estaba decidido a seguirles por toda California durante casi una semana.

Allí estaba yo, siguiendo literalmente a Motörhead de concierto en concierto, subiendo y bajando por la Interestatal 5, como el mayor *fanboy* del planeta. Pero aquello fue diferente. Al contrario que las estrellas de rock que había conocido en Copenhague años antes, Motörhead y Lemmy en particular me acogieron con los brazos abiertos. No había preeminencia ni cháchara insustancial; nada de hacerse una foto rápida y a casa. Eran una actitud y unas reglas completamente distintas. Ya en el primer concierto, fui invitado de inmediato

a su círculo interno, el camerino, la sala de estar del autobús de gira. Y en el transcurso de la siguiente semana, los hoteles, los bares, los bares de camioneros. No había límites. Siempre fui bien recibido y me sentí como si aquellos tíos realmente sintieran aprecio por mí. Lemmy era tan jodidamente hospitalario, como el mejor anfitrión y cuidador que pudieras imaginar para una fiesta, que me acogió bajo su ala y me hizo sentir como si perteneciese a algo que era mucho más grande que yo.

Un mes más tarde, me arrastré por media Inglaterra hacia mi destino en el «Heavy Metal Holocaust» de Port Vale, un concierto de estadio en el que Mötörhead iba como cabeza de cartel. Aquel verano habían lanzado su álbum *No Sleep 'Til Hammersmith* que entró directamente en el nº 1 de las listas de ventas y eran el grupo más importante de Europa. Me presenté en el bolo sin entrada ni donde caerme muerto. Pero en menos de quince minutos estaba en el *backstage*, en el camerino de Motörhead. Lemmy se acordaba de mí y de nuestras correrías por California de un mes antes y una vez más me recibió con los brazos abiertos. El mayor concierto del verano en Inglaterra y aun así Lemmy tuvo tiempo para mí.

Ahora demos un salto de otro mes hasta Londres, a los estudios Nomis, donde según me habían soplado estaban trabajando los muchachos, por lo que me fui derechito para allá y una vez más, para mi total incredulidad, en pocos minutos me encontré sentado en un pequeño local de ensayo observando y escuchando mientras Lemmy, Fast Eddie y «Philty Animal» Taylor componían temas para su álbum *Iron Fist*, justo delante de mí. Los cuatro, allí juntos en un cuartucho. Para perder la olla.

Estos acontecimientos marcaron una enorme, indescribible diferencia en mi vida y en el transcurso de aquel verano de 1981 hicieron que me entrasen ganas de estar en un grupo, de formar un grupo, me despertaron el gusanillo de ser

músico, de formar parte de una banda, parte de un colectivo, parte de la locura que es el circo itinerante del rock 'n' roll y quizás, algún día, brindar esa misma puerta abierta, ese mismo abrazo a otros críos raretes y marginados que, con suerte, algún día acudirían a nosotros. En las miles de entrevistas que he dado desde que empezamos, siempre he citado a Mo-törhead y a Lemmy como la mayor inspiración y el motivo principal de que existamos, tanto en lo musical como en lo referente a nuestra actitud; fue en ellos en quien nos fijamos para darle forma a nuestra perspectiva y nuestro punto de vista sobre el mundo.

Así que gracias, Lemmy, por haber ayudado a dar forma a la persona que ahora soy. Gracias por la puerta abierta, por la música, por las copas, por las risas, por las historias, por no juzgarme nunca, por haberme hecho sentir siempre parte de algo que era muchísimo mayor que yo. Y gracias por haber dominado siempre el delicado equilibrio entre ser lo suficiente estrella del rock como para molar, pero no demasiado como para dejar de hacerlo.

Y por último, gracias por haber sacado una foto mía cubierto de potas en tu cuarto de hotel en junio de 1982 y por ponerla en la carpeta interior de tu siguiente disco. Era el mayor sello de aprobación definitiva que podrías haberme dado. Siempre me sentiré admirado y agradecido por haberte conocido, y completamente orgulloso de gritar desde lo alto de cualquier edificio lo mucho que has significado para mí y cómo tu actitud y tu saber estar en todos los aspectos me han inspirado durante estos últimos treinta y siete años.

*Lars Ulrich, 25 de abril de 2016*

## CAPÍTULO UNO

# Capricornio

Llegué a este mundo en Stoke-on-Trent, en las West Midlands inglesas. Stoke está formado por unas seis aldeas agrupadas en un solo pueblo. La más desagradable era Burslem, así que no es de extrañar que fuese allí donde nací yo. La zona es conocida como Las Lozas y el campo solía estar ennegrecido debido al hollín procedente de los hornos de carbón de las fábricas de cerámica, incluida la famosa Wedgwood. Allí donde mirases, la escoria cubría el paisaje y la atmósfera estaba cargada con el humo de las chimeneas.

Para cuando mi discípulo padre salió a buscar tabaco, mi madre, mi abuela y yo nos habíamos mudado a Newcastle... es decir, a Newcastle-under-Lyme, una villa relativamente próxima a Stoke. Vivimos allí hasta que cumplí seis meses y después nos trasladamos a Madeley, un pueblito cercano muy agradable. Vivíamos delante de un gran estanque, casi un lago, en el que había cisnes. Era precioso, pero decididamente humilde.

Mi madre las pasó canutas intentando mantenernos sola. El primer empleo que tuvo fue como enfermera de tuberculosos, un trabajo condenadamente jodido, porque en aquella época era como estar en un pabellón de enfermos terminales de cáncer; a grandes rasgos se limitaba a cuidar de pacientes

agonizantes. Y vio nacer a bebés tísicos. Al parecer se daban casos verdaderamente horribles. La tuberculosis altera de mala manera los cromosomas: mi madre vio a recién nacidos que tenían plumas rudimentarias y uno nació con escamas. Al final acabó dejando el hospital para trabajar algún tiempo como bibliotecaria, pero después se quedó sin empleo durante una temporada. Yo no terminaba de comprender las presiones a las que estaba sometida y suponía que ya nos las arreglaríamos. Más tarde, atendió la barra de un bar, pero eso fue después de haberse casado con mi padrastro.

Desde el primer momento tuve problemas en la escuela. Los profesores y yo no estábamos en la misma onda: ellos querían que yo aprendiera y a mí no me daba la gana. Siempre fui un puto cero a la izquierda para las matemáticas. Enseñarme álgebra era como hablarme en swahili, así que pronto lo di por imposible. Tenía tan claro que nunca iba a ser matemático que me parecía una gilipollez seguir perdiendo el tiempo. Hacía novillos continuamente, prácticamente desde el primer día, a decir verdad.

El primer episodio en mi complicada escolarización que recuerdo con claridad tuvo lugar en primaria. Había una estúpida empeñada en enseñarles punto a los niños; probablemente era una feminista, ¿que no? Yo debía de tener unos siete años, así que no le veía el sentido. Además la tía era una auténtica vacaburra; disfrutaba hostiando a los críos. Yo me negaba a tricotar, porque me parecía de mariquitas. En aquellos tiempos todavía teníamos mariquitas, ¿sabes? Aún no dirigían el país, como sucede ahora. Le dije que no podía hacerlo y la tía me soltó una leche. Le repetí que no podía hacerlo y al cabo de un rato dejó de golpearme.

Ahora que, hablando con toda sinceridad, si un niño es gamberro, me parece que soltarle un cachete puede resultarle beneficioso. No de manera indiscriminada, pero sí cuando



*Izquierda: mi abuela, dando leña. Derecha: mi padre en la RAF.*

hace alguna maldad. Vivir acojonado del maestro impedirá que se convierta en un cabrón antes de tiempo. A mí solían zurrrarme con regularidad. Me daban con la regla, una de ésas en forma de T que colgaba junto a la pizarra. El profe se colocaba detrás de nosotros y la utilizaba para fustigarnos en la nuca. Más adelante, el profesor de física nos golpeaba con la pata de un taburete de químico. Ésa sí que escocía, pero yo nunca llegué a catarla porque se me daba bastante bien la física. Al menos hasta que abandoné la escuela por mutuo acuerdo.

Si te dan un buen pescozón en la oreja de manera que te piten y resuenen los oídos durante media hora, no volverás a dar la vara en clase; prestarás atención a lo que te digan. Así es como solían ser las cosas, pero todo eso pasó a la historia. Fue eficaz en mi caso y fue eficaz para toda mi generación, porque al menos en lo que a mí respecta acabamos saliendo más despiertos que esta generación que tenemos ahora.

En cualquier caso, mi madre se volvió a casar cuando yo tenía diez años. Se llamaba George Willis y lo conoció a través de mi tío Colin, su único hermano. Creo que ambos se



*La boda de mis adorados padres. De izquierda a derecha: desconocida, mi tío Colin, el vicario, mi madre, mi abuela, desconocido y mi tía Joyce. ¡Un grupo optimista!*

hicieron amigos en el ejército (me refiero a Colin y a George, claro). Había sido jugador de fútbol profesional con el Bolton Wanderers y, según contaba, era un hombre hecho a sí mismo que tenía su propia fábrica de soportes de plástico para exponer zapatos en los escaparates de las tiendas. Quebró unos tres meses después de que mi madre se hubiera casado con él. George era la leche. Te meabas de risa con él. Cada dos por tres lo detenían por vender lavadoras robadas y neveras caídas de la parte de atrás de un camión, pero él nunca nos lo contaba. Nos decía que tenía que marcharse en viaje de negocios. Ya sabes: «Estaré fuera un mes, cariño», cuando en realidad iba a pasarse treinta días a la sombra. Todo esto no lo averiguamos hasta más tarde, pero en última instancia George se acabó enderezando.

Por supuesto, con él llegaron los dos hijos de su anterior matrimonio: Patricia y Tony. Yo era el más pequeño de los

tres y me vi constantemente atormentado por mis enormes y recién adquiridos hermanos. La relación con mi padrastro también era tensa, ya que, en lo que a mi madre respectaba, yo era hijo único. Solía pelearse por mí como una condenada pugilista, de modo que George las pasaba canutas. La más alta aspiración de Patricia era, imagina tú, acabar trabajando para el Ministerio de Economía y Hacienda; con el tiempo hizo realidad sus sueños. Tony vive en Melbourne, Australia, y dirige la división de plásticos de no sé qué empresa (¡No sabía que lo del plástico fuese hereditario!). Se enroló en la Marina Mercante durante diez años y no envió ni una carta durante casi veinte. Mi padrastro ya lo daba por muerto.

Cuando mi madre se casó con mi padrastro, nos mudamos a su casa de Benllech, un pueblo costero en la isla de Anglesey. Fue más o menos por aquella época cuando empezaron a llamarme Lemmy; creo que era un rollo galés. Iba a una escuela pésima en la que era el único crío inglés entre setecientos galeses. Ya te puedes imaginar las risas, ¿no? De modo que soy conocido como Lemmy desde que tenía unos diez años, pero no siempre he tenido bigote... eso sólo desde los once.

En cualquier caso encontré maneras de divertirme. Como robar gelignita y modificar el perfil costero de Anglesey. Había una empresa de construcción encargada de renovar todo el alcantarillado del pueblo. Sólo podían trabajar en verano, porque después el clima era demasiado frío. De modo que, cuando llegó septiembre u octubre, plegaron y almacenaron todos los materiales en casetas de obra. Y a finales de octubre, primeros de noviembre, unos colegas y yo nos colamos en ellas. O sea, no me jodas, ¡para unos chavales de diez u once años fue como encontrar un tesoro enterrado! Había cascos y monos, gelignita, detonadores y mechas, todo tipo de trastos maravillosos. Conectábamos el detonador a la

mecha y lo introducíamos en la gelignita. Después excavábamos en la arena de la playa, metíamos el artefacto en el agujero, desenrollábamos la mecha y lo cubríamos todo. Para terminar, colocábamos una gran roca encima, encendíamos la mecha y salíamos echando leches. ¡BUUM! El pedrusco salía volando quince metros. ¡Era genial! Más tarde, siempre había grupitos de vecinos plantados bajo la lluvia, contemplando los daños y farfullando: «¿Tú qué crees?». «Y yo qué sé... ¿Marcianos?». No tengo ni idea de qué se le pasaría por la cabeza al policía del pueblo cada vez que oía una de aquellas aterradoras detonaciones, salía a la playa y descubría que medio acantilado había caído al mar. Cuando se nos acabó la gelignita, habíamos transformado unos tres kilómetros de costa. Una manera inocente de pasar el tiempo, ¿verdad? Los chavales siempre andan metidos en pillerías, y después de todo ¿por qué no? En eso consiste su trabajo, ¿no? En cabrear a sus mayores y darles una cruz que cargar; de lo contrario, ¿para qué sirven?

Por supuesto, esto no eran más que simples diversiones en comparación con mi interés creciente por el sexo opuesto. Tienes que pensar que en aquella época, los años cincuenta, no existía *Playboy* ni *Penthouse*. Si querías regodearte la vista, tenías que recurrir a revistas de ésas que publicaban artículos de nudistas jugando al tenis, *Salud y eficiencia* y mierdas parecidas. Así de espantosos eran los cincuenta. Y la gente los llama la edad de la inocencia. Vamos, no me jodas... ¡intentad vivir vosotros en ella!

Mi educación sexual dio comienzo a una edad muy temprana. Mi madre se trajo a casa a unos tres «tíos» antes de que nos decidiéramos por uno de ellos como padre, pero yo nunca tuve ningún problema con eso. Imaginaba que se sentía sola y además se pasaba el día trabajando para que mi abuela y yo tuviéramos algo que llevarnos a la boca, de modo que



*¡Ya entonces! Yo con mi prima Caroline, cuya única aparición en el libro es precisamente ésta.*

no me importaba tener que irme a la cama un poco más temprano. Y al haberme educado en una zona rural, estaba acostumbrado a ver a parejas dándole al asunto en el campo. Por supuesto, luego estaban los que lo hacían en el coche, con las ventanas cubiertas de vaho. Uno siempre alcanzaba a divisar una pierna o un pecho desnudo mientras la pareja pasaba a gatas del asiento delantero al trasero. En aquella época estaban de moda las faldas con dos enaguas, que se hinchaban y elevaban al bailar el *swing*, así que solía bailar a menudo. Renuncié al baile cuando se impuso el *twist*, pues me sentí personalmente ofendido. ¡Qué era eso de no poder tocar a la mujer! ¿Quién quiere mantener las distancias cuando acabas de descubrir el rijo adolescente? Yo necesitaba arrimarme y notar el calorcito; la experiencia táctil, el manoseo, ¡sobrar y ser sobado, ya sabes!

Pero fue a los catorce años, mientras trabajaba en una escuela de equitación, cuando de verdad descubrí el ardor y el deseo por las mujeres de todas las formas, tamaños, edades, colores y credos. E ideologías políticas. Todo Manchester y Liverpool solían acudir cada verano a nuestro pequeño



*Izquierda: mi madre, explicándome que soy prematuro de un mes y que dé gracias por no haber sido acuario. Derecha: a los cuatro años y medio. ¿Quién necesita dientes?*

pueblo costero y vacacional. Las estudiantes universitarias aprovechaban sus días de asueto para salir a montar a caballo con nuestra escuela. Y las Guías Scouts aparecían todos los años, en masa, con sus tiendas de campaña y sus pertrechos. Y sólo había dos monitoras adultas encargadas de vigilarlas. ¡Ja! ¿A quién querían engañar? ¡Habríamos llegado hasta esas chavalas aunque hubiéramos tenido que ponernos un traje de buzo! Y las chicas evidentemente sentían lo mismo. Estaban tan ansiosas como nosotros por aprender, y entre todos aprendimos. Puedes creerme, aprendimos hasta la última puta nota.

Solicité un empleo en la escuela de equitación porque me encantaban los caballos. Todavía me siguen gustando. Lo pasábamos bien, porque los caballos ponen cachondas a las mujeres. Desprenden energía sexual. A ser posible, las mujeres prefieren cabalgar a pelo, pero no por las razones obvias. Creo que es para sentir el cuerpo del animal pegado

a la piel, algo imposible a través de la silla, particularmente si es una silla de montar inglesa. Y después está el hecho de que son jodidamente fuertes. En realidad, un caballo podría hacer lo que se le antojara contigo, pero no lo hace porque, salvo una reducida minoría, no son animales temperamentales. Te ceden el control. Creo que eso es lo que les gusta a las mujeres de los caballos, que un ser tan poderoso se deje manejar sin oponer resistencia o, por lo menos, sin intentar hacer valer sus derechos. No fregará los platos, pero es un pequeño precio a pagar.

Me enamoré de Ann. Era cinco años mayor que yo, lo cual a esa edad representa un abismo imposible de cruzar. Pero todavía recuerdo perfectamente su aspecto: muy alta, toda piernas, con la nariz algo partida, pero muy atractiva. Sin embargo, salía con un menda feo de cojones. A mí no me entraba en la cabeza. Una vez los sorprendí follando en un granero y me marché de puntillas, pensando: «Me cago en la hostia». Pero la anécdota más divertida relacionada con las Guías Scouts tiene que ver con un amigo mío que se llamaba Tommy Lee.

Tommy sólo tenía un brazo; era electricista y, en una ocasión, rozó el cable equivocado y la descarga le abrasó literalmente el brazo hasta el bíceps. Tuvieron que amputarle el resto del miembro y coserle el hombro. Nunca volvió a ser el mismo. Solía oír un montón de cosas que sólo él podía escuchar. El caso es que tenía un brazo postizo cubierto con un guante negro que solía llevar colgado del cinturón o metido en un bolsillo. Una noche nos colamos juntos en el campamento de las Guías Scouts. Había que arrastrarse por debajo de un seto y meterse entre las aliagas, pero a los catorce años todo eso te da igual, ¿verdad? Harías lo que fuera por mojar. Finalmente conseguimos llegar y yo me metí en una tienda con mi churri y Tommy entró en otra con la suya. Después

todo quedó en silencio, aparte de, ya sabes, el ruido de los muelles del colchón. Luego, me quedé adormilado, como suele pasar cuando estás ahí tan a gustito (¡por eso seguía haciéndolo!). Entonces me desperté sobresaltado.

«[Zasca] ¡Ay! [Zasca] ¡Ay! [Zasca] ¡Ay! [Zasca] ¡Ay!».

Así que levanté ligeramente la puerta de la tienda y allí estaba Tommy, completamente en cueros, corriendo como un maníaco con la ropa hecha una pelota debajo de su único brazo. ¡Pisándole los talones iba una furiosa monitora de las Guías, aporreándole en la cabeza con el brazo postizo! ¡Me reí tan fuerte que también me pillaron a mí! Fui incapaz de moverme, incapaz de echar a correr, estaba completamente indefenso. Joder, fue una de las cosas más divertidas que he visto en mi vida.

El descubrimiento del sexo llegó antes que el del rock 'n' roll, porque has de tener en cuenta que durante los primeros diez años de mi vida el rock ni siquiera existía. Todo era Frank Sinatra, Rosemary Clooney y “How Much Is that Doggie in the Window?”. ¡Esa canción se pasó meses en lo más alto de las listas de ventas! Experimenté el nacimiento del rock 'n' roll de primera mano. El primer tema que escuché fue uno de Bill Haley, creo que “Razzle Dazzle”. Después llegaron “Rock Around the Clock” y “See You Later Alligator”. En realidad, los Comets eran un grupo bastante mediocre, pero en aquel momento eran los únicos. Además, en Gales resultaba aún más complicado escuchar cualquier cosa. Sintonizábamos Radio Luxemburgo, pero a duras penas. La recepción iba y venía y tenías que estar girando continuamente el dial para conseguir captar algo. Luego nunca te enterabas de lo que estaban poniendo, porque sólo lo anunciaban una vez, al principio, y ya no lo volvían a repetir, por lo que si llegabas con la canción ya empezada, aunque sólo fuesen cinco u ocho compases, te quedabas sin saber quién era el tío. Tardé



*Izquierda: ¡Que te veo! Fíjate en el brazo contrahecho. Derecha: yo y Flicka.*

meses en averiguar el título de “What Do You Want to Make Those Eyes at Me For”, de Emile Ford y los Checkmates. (He ahí un menda que simplemente desapareció por completo. Emile Ford y los Checkmates tuvieron cinco *bits* en Inglaterra. Ford se hizo famosísimo y después hubo un escándalo: le pillaron cobrándole dinero a un crío a cambio de un autógrafa y eso acabó con su carrera. Los Checkmates continuaron una temporada en solitario, pero no llegaron a nada).

Luego, si querías un disco, tenías que encargarlo y esperar un mes a que te llegara. El primer 78 rpm que compré en mi vida fue uno de Tommy Steele, la respuesta británica a Elvis Presley; el segundo fue “Peggy Sue”, de Buddy Holly. Mi primer álbum fue *The Buddy Holly Story*, que compré justo después de que hubiera fallecido. De hecho, le vi actuar en el New Brighton Tower. ¿Ves? Eso sí que hace que uno se sienta jodidamente mayor. ¡Vi a Buddy Holly en directo! En cualquier caso, ¡debo decir que, como garantía de autenticidad roquera, es impecable!

Tardé mucho en adquirir un disco de Elvis Presley. Creo que el primero que compré fue “Don’t Be Cruel”. Su estilo y su *look* eran geniales, ciertamente era inimitable, pero en mi opinión era inferior a Buddy Holly y a Little Richard. El problema era que sus caras B eran francamente horteras. Verás, en aquella época los álbumes se hacían de otra manera: un LP podía ser una recopilación de los últimos seis sencillos de éxito, más las caras B. Por eso medio álbum de Elvis solía ser una mierda. No empezó a tener buenas caras B hasta que grabó “I Beg of You”. En lo que a mí respecta, Buddy Holly nunca tuvo un tema malo. Otro de mis ídolos era Eddie Cochran. Como trabajaba en un estudio de Hollywood, cada vez que alguien terminaba su sesión con una hora de antelación, aprovechaba para grabar un tema a toda velocidad. Y solía componer y producir todo su material. Fue el primer intérprete en hacerlo. Un tipo con una gran inventiva. Tenía previsto verle en directo durante la segunda fase de su gira por Gran Bretaña, pero justo entonces sufrió el accidente a las afueras de Bristol que acabó con su vida. Recuerdo haberme sentido consternado. Fue una gran tragedia para el rock ‘n’ roll. Cochran y Holly fueron quienes me inspiraron a tocar la guitarra.

Decidí dedicarme a la guitarra en parte por la música, pero al menos un sesenta por ciento de la responsabilidad hay que atribuírsela a las chicas. Descubrí el increíble mojabragas que era una guitarra a finales del año escolar. Habíamos acabado los exámenes y durante la última semana teníamos que seguir yendo a clase sin nada que hacer, así que un chaval se trajo una guitarra. No sabía tocar, pero de inmediato se vio rodeado de mujeres. Pensé: «¡Ah, eso sí que parece divertido!». Mi madre tenía una vieja guitarra hawaiana colgada en la pared de casa; solía tocarla cuando era niña y su hermano tocaba el banjo. Pocos años antes,

la guitarra hawaiana había sido muy popular: era una *lap steel* con el mástil liso y los trastes alzados. La de mi madre era muy elegante y estaba taraceada con madreperla. Fue un golpe de suerte; en 1957 no había tanta gente que tuviera una guitarra disponible en casa.

De modo que fui a clase con el puto trasto a cuestas. Yo tampoco sabía tocar, pero de inmediato me vi rodeado igualmente de mujeres. ¡Funcionó así, de manera instantánea! Fue la única vez en mi vida que algo me ha salido bien de manera tan inmediata. Y ya nunca volví la vista atrás. Con el tiempo, me di cuenta de que las chicas esperaban que tocara el armatoste, de modo que aprendí por mi cuenta, algo que me resultó dificultoso de narices en aquella guitarra con las cuerdas tan elevadas.

Cuando tenía quince años, fuimos de viaje de estudios a París y me había aprendido “Rock Around the Clock”. Una noche la estuve tocando durante tres horas seguidas, a pesar de que prácticamente me había rebanado el dedo índice con una navaja automática estropeada. Empecé a sangrar sobre la guitarra y a las churris les pareció una pasada. Ya sabes, el equivalente de un guerrero sioux que se interna entre la maleza para matar un oso con las manos desnudas, supongo yo. ¡Sangré por ellas!

Mientras, en casa, mi madre y mi padrastro sabían perfectamente en qué andaba metido. Resultaba bastante evidente; vieron el desfile continuo de chavalas. Habíamos convertido el garaje en un espacio habitable que pasó a ser mi habitación y allí era adonde llevaba a las chicas. Mi padrastro solía entrar y sorprenderme en plena faena. Me pilló tantas veces que acabó resultando ridículo; para mí que era un *voyeur*.

«¿Sabes que estás encima de esa chica?», me gritaba.

«¡Joder, pues claro que sé que estoy encima de ella!», replicaba yo. «¿Tú cómo lo haces?».



*Éste soy yo a lomos de Goldie, mientras trabajaba en la Escuela de Equitación Hewitt de Benllech, en Anglesey, donde ligábamos con las Guías Scouts. Goldie tenía sus propios planes para las noches.*

Poco después de aquel viaje a París fui expulsado de la escuela. Había hecho novillos con dos amigos. Fuimos en tren a pasar la tarde al otro extremo de la isla y regresamos justo a tiempo para coger el autobús de vuelta a casa. Resultó que unos malnacidos de otra clase nos vieron en la estación y se chivaron. Siempre tiene que haber un chivato, ¿verdad? Así que me llevaron al despacho del director. Era un auténtico cretino, un inútil. Creo que le hicieron director porque era demasiado viejo para seguir enseñando. Durante dos putas semanas me tuvo todos los días en su despacho durante la hora del recreo y la del almuerzo, pretendiendo hacerme confesar.

«Dos muchachos de Holyhead te vieron en el tren de regreso», acusaba.

«No era yo, señor», insistía yo. «Nunca he estado allí».

Fue entonces cuando aprendí a mentir. Otra de las cosas que te enseña la disciplina es a mentir, porque si no mientes acabas hundido en la mierda. En cualquier caso, por resumir

la historia a la mitad, el director quería darme con la fusta, dos golpes en cada mano. Recuerda que esto sucedía justo después de mi accidente con la navaja automática en París. Había tardado horrores en empezar a sanar. Puede que sepas lo mucho que puede llegar a sangrar una herida de ese tipo. Cada vez que tu corazón late un poco de más... *pata-pum*, ¡chorrazo de sangre hasta el otro lado del puto cuarto! Debí de perder por lo menos medio litro. Así que le pedí al director: «¿Puede darme los cuatro en la misma mano, por lo del dedo?».

Pero no, no se conformaba con aquello. Permaneció allí impassible, instándome a que levantara la mano y... *jzas!* Todo perdido de sangre. Y como si no hubiera pasado nada, me dijo: «Levanta la otra mano».

«¡Pero qué cabrón!», pensé yo. Así que cuando la fusta cayó sobre mi mano, se la arrebaté de un tirón y le di en la cabeza con ella.

«Creo que podrá imaginarse que no necesitamos seguir contando con su presencia en esta institución», me dijo rabioso.

«De todas maneras, no pensaba volver», repliqué. Y dicho esto, cogí la puerta y me largué.

El tío no mentía. No volví a pisar la escuela y nunca vinieron a buscarme por haber hecho novillos. De todos modos, sólo me quedaban seis meses para acabar. No se lo dije a mis padres. Todas las mañanas salía de casa como si estuviera yendo a clase y no regresaba hasta por la noche. Me limitaba a pasar las horas en la escuela de equitación y a trabajar con los caballos en la playa, aunque con el tiempo acabé encontrando otros empleos. Uno fue como pintor de brocha gorda con un gay, el señor Brownsword (señor Espadamarrón, qué nombre tan maravilloso para un homosexual, ¡absolutamente perfecto!). En cualquier caso, a mí nunca me tiró los tejos. Iba detrás de mi guapo amigo Colin Purvis, el cual se

mostró entusiasmado. Yo intentaba dejarles intimidad, ya sabes: «Colin se encargará de pintar esto, señor Brownsword. Yo, mientras tanto, trabajaré en el piso de arriba, ¿le parece?». Y Colin me insultaba entre dientes: «¡Malnacido!».

Después cambiamos la isla por una granja en Conwy, un pueblo de montaña junto a la costa de Gales. Allí aprendí a estar solo y que no me importara. Solía pasear por los campos con los perros ovejeros. Desde entonces nunca me ha importado estar solo. A mucha gente le parece raro, pero yo creo que es estupendo.

Más o menos por la misma época, mi padrastro me encontró empleo en la fábrica que hacía las lavadoras Hotpoint. Cada empleado se encargaba de elaborar una sola pieza. Yo era uno de los primeros en la cadena: tenía que coger cuatro pequeñas tuercas y atornillarlas en unos pernos, después una máquina bajaba y ajustaba una riostra entre los extremos. A continuación echabas la pieza terminada en una caja gigante. Había que fabricar 15.000 y cuando terminabas la remesa y realmente experimentabas la sensación de haber conseguido algo, venían, se llevaban las piezas y te daban otra caja vacía. Ninguna persona inteligente habría sido capaz de hacer aquel trabajo, tío. Era imposible, porque te hacía perder la cabeza. No sé cómo se las apañaban los demás. Imagino que se obligaban a dejar el cerebro en la puerta porque tenían responsabilidades.

Todos mis conocidos que se marcharon de casa en busca de algo mejor acabaron regresando. Yo tenía otros planes para mi vida. Así que me dejé crecer el pelo hasta que me despidieron de la fábrica. Y me mantuve alejado. Habría preferido morirme de hambre antes que volver allí. Me siento muy afortunado y privilegiado de haber podido escapar.